

ROMEO Y JULIETA

TEXTO 4

(Capilla de Fray Lorenzo)

Fray Lorenzo: ¡Que el cielo mire con ojos piadosos la misa que vamos a realizar, y no nos castigue por ella!

Romeo: ¡Así sea, así sea! Sin embargo, por muchas penas que vengan no serán suficientes para destruir la impresión de estos instantes de felicidad. Une nuestras manos, y con tal que yo pueda llamarla mía, no le tendré miedo ni a la muerte, verdugo del amor.

Fray Lorenzo: Nada violento es permanente; ni el deleite ni la tristeza; ellos mismos se extinguen como el fuego y la pólvora al usarse. El exagerado dulce de la miel empalaga. Ama, pues, con moderación. *(Entra Julieta)*. Aquí está la dama; su pie es tan leve que no desgastará nunca la eterna roca; tan ligero que puede correr sobre las telas de araña sin desbaratarlas.

Julieta: Buenas tardes, respetable confesor.

Fray Lorenzo: Romeo te dará las gracias en nombre de los dos. [...]

Romeo: ¡Oh, Julieta! Si tu ventura es como la mía y puedes manifestarla con más habilidad, deleita con tus palabras el ambiente de este recinto y deja que tu voz pregone la dicha que hoy excita el alma de los dos.

Julieta: El auténtico amor es más pródigo de obras que de palabras; más rico en la naturaleza que en la forma. Solamente el pobre cuenta su caudal. Mi tesoro es tan grande que yo no podríaa contar ni siquiera la mitad.

Fray Lorenzo: Terminemos rápido. No los dejaré solos hasta que los una la bendición matrimonial.

TEXTO 5

(Plaza de Verona; aparecen Mercutio y Benvolio)

Benvolio: Amigo Mercutio, pienso que es mejor que nos moderemos, porque hace bastante calor, y los Capuletos andan exaltados, y ya sabes que en verano hierve mucho la sangre.

Mercutio: Tú eres uno de esos que cuando entran en una tasca, colocan la espada encima de la mesa, como diciendo: ojalá que no requiera de tus servicios, y después, a los dos tragos, la sacan, sin que nadie los moleste.

Benvolio: ¿Esa opinión tienes de mí?

Mercutio: Y de los más temibles espadachines de Italia, tan fácil de entrar en cólera como de provocar a los demás.

Benvolio: ¿Por qué tienes esa opinión?

Mercutio: Si hubiera otro como tú, en seguida lo matarías. Eres capaz de pelear por un solo pelo de la barba. Donde nadie vería ocasión de pelea, la ves tú. Tu cabeza está repleta de riña, y eso que a golpes han puesto tu cabeza tan blanda como una yema. Peleaste con un sujeto porque te vio en la calle y despertó a tu perro que dormía bajo los rayos del sol. Y con un sastre porque estrenó su ropa nueva antes de Pascua, y con otro porque ataba sus zapatos con cintas viejas. ¿Vendrás tú a enseñarme cordura y sensatez?

Benvolio: Si yo fuera tan pendenciero como tú, ¿quién me aseguraría la vida aunque sea un cuarto de hora? ... Mira, ahí vienen los Capuletos.

Mercutio: ¿Y qué me importa a mí, vive Dios?

(Aparecen Teobaldo y otros).

Teobaldo: Acérquense a mí, que debo decirles dos palabras. Buenas tardes, caballeros, quiero conversar con uno de ustedes.

Mercutio: ¿Habla solo? Es mejor que la palabra esté acompañada de algo, por ejemplo, de un golpe.

Teobaldo: Caballero, no dejaré de propinárselo si hay razón.

Mercutio: ¿Y no puedes hallar razón sin que te lo den?

Teobaldo: Mercutio, estás de acuerdo con Romeo.

Mercutio: ¡De acuerdo! ¿Crees que somos músicos? Pues pese a que lo seamos, no dudes de que en esta ocasión vamos a desafinar. Yo te haré bailar con mí arco de violín. ¡De acuerdo!

Benvolio: Nos encontramos entre mucha gente. Busquemos rápido un sitio alejado, donde podamos satisfacer nuestra furia, o desocupemos la calle, porque todos nos observan.

Mercutio: Para eso tienen ojos. No me voy de aquí por dar gusto a nadie.

Teobaldo: Vaya, ya encontré el doncel que buscábamos. (*Aparece Romeo*). Romeo, solamente una palabra me permite expresarte el odio que te tengo: Eres un perverso.

Romeo: Teobaldo, ciertos motivos tengo para quererte que me obligan a perdonar hasta la bárbara grosería de ese saludo. Nunca he sido perverso. No me conoces. Hasta luego.

Teobaldo: Chiquillo, no intentes temerosamente disculpar las ofensas que me has hecho. No te retires; defiéndete.

Romeo: Jamás te injurié. Te lo aseguro con juramento. Al contrario, hoy te amo más que nunca, y tal vez sepas pronto el motivo de este cariño. Márchate en paz, buen Capuleto, nombre que respeto tanto como el mío.

Mercutio: ¡Qué raro acobardamiento! Decídanlo las espadas. Teobaldo, espadachín, ¿quieres venir conmigo?

Teobaldo: ¿Qué me quieres?

Mercutio: Rey de los gatos, solamente deseo una de tus siete vidas, y después zurrar a palos las otras seis. ¿Quieres coger tu espada, y sacarla de la funda? Apúrate, porque en caso contrario, la mía te calentará tus orejas antes que la saques.

Romeo: Alto, amigo Mercutio.

Mercutio: Adelante, caballero. Muéstrame ese quite.

(*Se baten en duelo*).

Romeo: Saca tu espada, Benvolio, y apartémoslos. ¡Escucha, Teobaldo! ¡Escucha, Mercutio!

¿No saben que el Príncipe ha prohibido pelear en las calles de Verona? Alto, he dicho.

(*Se marchan Teobaldo y sus amigos*).

Mercutio: Mal me han herido. ¡Mala peste a Capuletos y Montescos! Me hirieron y no los herí.

Romeo: ¿Te hirieron?

Mercutio: Sólo un roce, sin embargo necesita cura. ¿A dónde se fue mi compañero? Que vaya en busca de un cirujano (*Se marcha su acompañante*).

Romeo: No te alarmes, tal vez sea leve la herida.

Mercutio: No es muy profunda como un pozo, pero es suficiente. Si mañana preguntas por mí, me verás tan silencioso como un muerto. Ya estoy escabechado para el otro mundo. Que una maldita enfermedad devore a estas dos familias. ¡Vive Dios! ¡Que un perro, una rata, un ratón, un gato maten así a un hombre! Un matón, un pillo... ¿Por qué te obstinaste en separarnos? Por debajo de tu brazo me ha herido.

Romeo: Fue con buena voluntad.

Mercutio: Llévame de aquí, Benvolio, que me voy a desmayar. ¡Mala enfermedad devore a ambas casas! ¡Malditas sean las desavenencias de Capuletos y Montescos! (*Se van*).

Romeo: Por mi causa parece este noble hidalgo, tan cercano pariente del Príncipe. Estoy afrentado por Teobaldo, quien ha de ser mi pariente dentro de poco. Tus amores, Julieta, me han quitado la reciedumbre y ablandado la dureza de mi acero.

Benvolio (*Que vuelve*): ¡Ay, Romeo! Mercutio ha muerto. Aquella alma intrépida, que hace poco menospreciaba la tierra, se ha lanzado ya a las nubes.

Romeo: Y de este día sangriento nacerán otros que incrementarán mis sufrimientos.

Benvolio: Por allí vuelve Teobaldo. (*Aparece nuevamente Teobaldo*)

Romeo: Vuelve con vida y victorioso. ¡Y Mercutio muerto! Abandóname dulce sobriedad.

Solamente la furia guíe mi brazo, Teobaldo [...], porque el alma de Mercutio está desde las nubes llamando a la tuya, y tú o yo o los dos hemos de seguirle forzosamente.

Teobaldo: Pues acompáñalo tú, terco, que con él ibas siempre.

Romeo: Ya lo decidirá la espada. (*Se baten, y cae herido Teobaldo*).

Benvolio: Escapa, Romeo. La gente comienza a congregarse y Teobaldo está muerto. Si te atrapan, serás condenado a muerte. No te detengas como embobado. Escapa, escapa.

Romeo: Soy triste juguete del destino.

Benvolio: Escapa, Romeo.

(*Acude la gente; Romeo huye*).

Ciudadano primero: ¿Por dónde habrá escapado Teobaldo, el asesino de Mercutio?

Benvolio: Ahí está muerto.

Ciudadano primero: Sígueme todos. En nombre del Príncipe lo ordeno. (*Entran el Príncipe con sus guardias, Montescos, Capuletos, etcétera*).

Príncipe: ¿Dónde están los iniciadores de esta disputa?

Benvolio: Insigne Príncipe, yo puedo relatar todo lo que ocurrió. Teobaldo mató al fuerte Mercutio, tu pariente, y Romeo asesinó a Teobaldo.

La señora de Capuleto: ¡Teobaldo! ¡Mi sobrino, hijo de mi hermano! ¡Oh, Príncipe! Un Montesco ha dado muerte a mi pariente. Si eres justo, danos sangre por sangre.

Príncipe: Dime con verdad, Benvolio, ¿quién inició la contienda?

Benvolio: Teobaldo, que luego murió a manos de Romeo. Inútilmente Romeo con convincentes palabras lo invitaba a la paz, y le recordaba tus mandatos: todo esto con mucha civilidad y delicados ademanes. Pero nada fue suficiente para tranquilizar la furia de Teobaldo, quien ciego de ira, se arrojó con el acero desnudo contra el infeliz Mercutio [...] Romeo se interpone, pidiendo: Paz, paz, amigos. En pos de su lengua va su brazo a interponerse entre las armas matadoras, pero de repente, por debajo de ese brazo, descarga Teobaldo una estocada que arranca la vida al pobre Mercutio; Teobaldo escapa a toda prisa, pero a poco rato regresa y encuentra a Romeo, cuya furia estalla. Se lanzan como rayos al combate, y antes de poder interponerme, cae Teobaldo y escapa Romeo. Ésta es la verdad lisa y llana.

La señora de Capuleto: Estoy segura de que no ha dicho la verdad. Es familiar de los Montescos, y su parentesco con ellos lo ha obligado a mentir. Más de veinte espadas fueron desenvainadas contra mi pobre sobrino. Justicia, Príncipe. Si Romeo mató a Teobaldo, que muera Romeo.

Príncipe: Él asesinó a Mercutio, según se deduce de la exposición de los hechos. ¿Y quién pide justicia por una sangre tan cara? [...] Como pena, yo te exilio. Sus almas están ofuscadas por el rencor, y a pesar de lo que afirmen ustedes, he de hacerlos lamentar esta muerte. Seré inflexible a lágrimas y súplicas. No me digan otra palabra. Que huya Romeo; porque si no lo hace, lo alcanzará la muerte. Levanten el cadáver. No sería clemencia perdonar al homicida.

TEXTO 6

(*En la celda de Fray Lorenzo*)

Romeo: Padre, dígame ¿qué ha ordenado el Príncipe? ¿Hay alguna condena nueva que yo no haya sentido?

Fray Lorenzo: Te traigo el dictamen del Príncipe.

Romeo: ¿Y cómo ha de ser si no es de muerte?

Fray Lorenzo: No. Es menos severo. No es de muerte sino de exilio.

Romeo: ¡De exilio! Por piedad, padre, diga que es de muerte. El exilio me causa más miedo que la muerte. No me hable de exilio.

Fray Lorenzo: Te ordena que dejes Verona; pero no te preocupes; el mundo es muy ancho.

Romeo: Fuera de Verona no hay mundo, sino purgatorio, infierno y desesperación. Exiliarme de Verona es como exiliarme de la Tierra. Lo mismo me da que digas muerte que exilio.[...]

Fray Lorenzo: ¡Oh, qué aciago pecado es el desagradecimiento! Tu delito merecía la pena de muerte, pero la condescendencia del Príncipe cambia la muerte en exilio, y aún no se lo agradeces.

Romeo: Tal indulgencia es perversidad. El cielo está aquí donde vive Julieta. Un ratón, un gato y un perro pueden vivir bajo este cielo y verla. Únicamente Romeo no lo puede hacer. Más honra, más gloria, más felicidad tiene una mosca o un insecto mugriento que Romeo. Ellos pueden tocar aquella blanca y fascinante mano de Julieta [... No lo hará Romeo.

Fray Lorenzo: Escucha, joven loco y apasionado.

Romeo: ¿Me hablará de nuevo del exilio?

Fray Lorenzo: Te hablaré de una filosofía que te sirva de escudo y te alivie paulatinamente.

Romeo: ¡Exilio! ¡Filosofía! Si no basta para crear otra Julieta, para arrancar un pueblo de su lugar, o para hacer cambiar de voluntad a un príncipe, no me sirve de nada.

Fray Lorenzo: ¡Ah, hijo mío! Los locos no escuchan. Te daré un buen consejo.

Romeo: No creo que puedas hablar de lo que no sientes. Si fueras joven, y recién casado con Julieta, y la adoraras locamente como yo, y hubieras matado a Teobaldo, y te exiliaran, te arrancarías los cabellos al hablar, y te arrastrarías como yo (*Llaman dentro*).

Fray Lorenzo: Llaman. Escóndete, Romeo.

Romeo: No lo haré porque la nube de mis suspiros me esconderá de quienes vengan.

Fray Lorenzo: ¿No escuchas? Escóndete, Romeo, que te van a capturar .. Ya voy ... Escóndete.

Dios mío, ¡qué obstinación, qué locura! Ya voy. ¿Quién llama?

Ama: Permítame entrar. Traigo un mensaje de mi ama Julieta.

Fray Lorenzo: Bienvenida seas. (*Entra la Ama*).

Ama: Dígame, divino religioso, ¿dónde está el esposo y señor de mi señora?

Fray Lorenzo: Obsérvalo tendido en el piso, llorando desconsoladamente.

Ama: Esa misma actitud tiene mi señora.

Fray Lorenzo: ¡Infausto amor! ¡Suerte cruel!

Ama: Lo mismo que él: llorar y gemir. Levántate, levántate del piso. Por amor de mi señora, por amor de Julieta. Levántate, y no lances tan descorazonados lamentos.

Romeo: ¿Qué decías de Julieta? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Dónde está? ¿Qué dice?

Ama: Nada, señor; sólo llora. Unas veces se acuesta otras se levanta y grita: Teobaldo, Romeo, y se acuesta de nuevo.

Romeo: Como si ese nombre fuera un proyectil de mosquete que la matara, como lo fue la perversa mano de Romeo que mató a su familiar. Dígame, padre, ¿en qué sitio de mi cuerpo se encuentra mi nombre? Dígamelo, porque quiero acabar con él. (*Saca el puñal*).

Fray Lorenzo: Detén esa diestra homicida. ¿Eres hombre? Tu exterior dice que sí, sin embargo tu llanto es de mujer, y tus acciones de bestia falta de libre albedrío. Me causas temor. Juro por mi santo hábito que yo creía que tenías una voluntad más firme. ¡Matarte después de haber matado a Teobaldo! Y matar además a la mujer que solamente vive por ti. ¡Anímate, Romeo! Recuerda que Julieta vive; vive esa mujer por quien hace un momento hubieras dado la vida. Este es un consuelo. Teobaldo te buscaba para matarte, y lo mataste tú. He aquí otro consuelo. La ley te sentenciaba a muerte, y la pena se cambió en exilio. Otro consuelo más. Las bendiciones del cielo están cayendo sobre ti, y tú recibes con mal semblante a la felicidad que llama a tus puertas. Dios jamás ayuda a los desagradecidos. Ve a ver a tu esposa: sube por la escala, como lo acordamos. Anímalas, y huye de su lado antes que rompa el día. Irás a Mantua, y allí permanecerás, hasta que se pueda difundir tu casamiento. Luego de que sus familias hagan las paces y el Príncipe calme su indignación, entonces regresarás, mil veces más alegre que lo triste que te vas ahora. Vete, Ama. Y dale mil saludos de mi parte a tu señora.

Ama: Durante toda la noche me estaría escuchándolo. ¡Qué cosa tan excelente es el saber! Voy a alentar a mi señora.

Ama: Toma este anillo que ella me dio, y vete, que ya cierra la noche. (*Se va*).

Romeo: Ya renacen mis esperanzas.